

Arcadi Oliveres rebelde e indignado

por Josep Torrell

El 19 de septiembre se estrenaba en el cine Verdi de Barcelona el documental *Mai és tan fosc* (*Nunca es tan oscuro*) centrado en un activista de largo recorrido, que lleva décadas luchando contra el capitalismo —Arcadi Oliveres—, en el marco de aquel trascendental 15-M que ha sido madre y nutriente de los cambios políticos que se avecinan y que ya han comenzado.

Antes —hasta la década de los sesenta— el cine comercial era sólo y exclusivamente cine de ficción. Los documentales, cortos y generalmente intrascendentes, estaban destinados a un tipo de salas en los que acumulaban noticiarios y documentales. Estas pequeñas salas tenían precio reducido y, según parece, era una forma de pasar el rato en un tiempo muerto en el centro de la ciudad. A medida que se generalizó el televisor, hacia el final de los años sesenta, estos cines desaparecieron.

Para que los documentales pudiesen competir con el cine de ficción debían tener algo que ofrecer. Una cosa fue la duración, el paso al largometraje. Pero la otra, que fue la decisiva, fue la temática. El cine documental sólo podía competir si ofrecía películas cuyo tema fuera atractivo y seductor. Así fue como aparecieron películas sobre la guerra de España, sobre cómo pintaba Picasso o los primeros *cinéma-verité*. Entonces aparecieron los nuevos cines de los años sesenta (Resnais, Marker, Portabella o Esteva) y llevaron el documental hacia lo que era un cine de autor. Aunque, al hacer esto, lo atrayente no era tanto de *qué iba* la película como *quién la firmaba*.

Desde 1990, la velocidad en que se ha desarrollado la tecnología digital aplicada a la imagen ha puesto en crisis las viejas concepciones del cine. Hoy parece que medio mundo haga documentales y un espectador activo —después de haber visto un buen número de ellos— empieza a desear otra teoría que el simple *todo vale*.

A falta de un buen razonamiento, dicho espectador está volviendo al antiguo valor que tuvieron los documentales en sus inicios: *de qué van*. El interés de un documental se centra de nuevo en la *temática*. Uno va a ver sólo aquello que le interesa y le resulta atractivo. El problema parece residir en que los instrumentos de crítica convencionales están desprovistos de conceptos para enfrentar unas películas que le dan la espalda al cine de autor y a las teorías que han venido después.

Una vida clara y, por lo tanto, oscura

¿Qué puede atraer hoy la atención de un espectador atento? Seguramente muchas cosas, aunque hay una que llama la curiosidad de quienes siguen las luchas sociales de nuestro tiempo: cómo surgió en Cataluña alguien aceptado por todos como portavoz de las acampadas y movilizaciones del 15-M de 2011; quién era éste Arcadi Oliveres, que con un lenguaje claro y sencillo hacía una crítica durísima al capitalismo —aunque muy sensata y compatible.

Este es el tema de *Mai és tan fosc* (*Nunca es tan oscuro*, 2014) de Èrika Sánchez: quién es este hombre que acompañó al movimiento de los indignados en su surgimiento, que fue aceptado tácitamente y, con ello, llevado hasta la fama mediática. Porque no es alguien que comparta la edad de la mayoría de los indignados.

En 2011, Arcadi tenía 66 años. La cámara le sigue y muestra a

un hombre algo mayor, con un andar cansino, algo cabizbajo (cuando no le ven) pero infatigable. Infatigable en el caminar como es capaz de ser infatigable en sus actividades contra el capitalismo: de programa de radio en programa de radio, de charla en un pueblo para ir al día siguiente a otro y al tercer día a otro, siempre en su coche (salvo cuando la distancia aconseja el tren o el avión). Hay una secuencia en que los *profesionales* de Justicia y Paz cuentan su experiencia: desde que empezó la acampada del 15 de mayo el email de contacto de Arcadi recibe más de *doscientos mensajes todos los días*. Las solicitudes de charlas pasaron de tres o cuatro a la semana *a tres o cuatro por día*.

Entre dos empeños indignados, Arcadi narra su vida. Este es uno de los valores de *Nunca es tan oscuro*: mostrar quién es Arcadi sin que lo parezca. Dicho de otra forma: la película se presenta como un todo compacto, del que es difícil extraer los diferentes aspectos de los que trata, entre otras cosas porque la película es una *autobiografía*. La narración de Arcadi mezcla datos personales con fenómenos de su tiempo. Al final, uno sabe bastante bien quién es Arcadi y, sin embargo, no sólo ha aprendido eso.

Hay algo revelador en la biografía que relata Arcadi. La suya es una vida diáfana y, sin embargo, oscura. Miembro fundador del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona y participante en la Capuchinada en 1966; miembro de la organización Cristianos para el Socialismo en 1971; miembro de Pax Chisti en 1974 de la cual es copresidente entre 1974 y 1990, yendo a la Asamblea de Cataluña en nombre de esta entidad; miembro de Justicia y Paz desde 1981, vicepresidente de la misma y presidente a partir 2001; profesor titular de Economía Aplicada en la Universidad Autónoma de Bellaterra en 1983; organizador de la Universidad por la Paz en San Cugat del Vallés desde 1984. También fue combatiente contra la pena de muerte en el franquismo, por el 0,7 por cien, por la no violencia, por la objeción de conciencia y por la insumisión.

Para cuantos le conocemos en cualquiera de estas facetas, no obstante, Arcadi es *uno más*. Es sólo *uno más* de los que luchan por la no violencia, contra el militarismo, contra la OTAN, contra el racismo institucional, contra las guerras del Golfo, etcétera. Ha publicado 60 monografías, generalmente por cuenta de grupos activistas.

————— **Cuando empezó el movimiento del 15-M el pueblo le reconoce como portavoz fiable en la medida en que es ajeno al palacio.**

Sin embargo, y esto es lo revelador, *no era conocido*. Por muy clara que fuera su vida, seguía siendo un hombre entre penumbras. Es decir, un hombre que no contaba. Su biografía coincide con la de mucha gente que como él ha levantado anónimamente las levas del tejido asociativo de este país calladamente. Cabe decir —citando a Pasolini—, Arcadi era famoso en el pueblo, pero no en el palacio; es decir, en el poder.

Por ello, cuando empezó el movimiento del 15-M, el pueblo le reconoce como portavoz fiable en la medida en que es *ajeno al palacio*. Cuaja entonces un movimiento asambleario con un portavoz de nuevo tipo. Y los medios de comunicación se encuentran entonces en la comprometedor papeleta de tener que reconocer que aquel ciudadano que antes podían menospreciar

(en tanto que no tenía nada que ver con el palacio), es ahora, en cambio, alguien que tiene detrás un currículum nada desdeñable y más de doscientas acampadas rebeldes en toda España.

Si hoy *Nunca es tan oscuro* es su autobiografía, ello es debido a que el 15-M fue un movimiento realmente espontáneo y masivo, pero también a que Arcadi fue una parte pequeña pero imborrable de aquel movimiento, llevando la agenda abarrotada de peticiones para que él les contase lo que pasaba: así en las plazas españolas como en el mundo.

La verdad y sus dudas

Es difícil explicar el 15-M sin Arcadi; aunque es igualmente difícil explicar a Arcadi sin el 15-M. Esta es la segunda parte que se logra desprender del bloque compacto que es la película. *Nunca es tan oscuro* narra el arranque de la historia del 15-M y también su final provisional. En aras de la verdad, la historia del 15-M tenía que estar presente en la película, pues de lo contrario no podría entenderse el ritmo caótico de charlas y entrevistas en los medios que obligó a la secretaria de Justicia y Paz a decir basta y a intentar poner orden en una agenda desbordada.

Arcadi solía decir «sí» a todas las peticiones que recibía: llegó a dormir dos horas al día.

El tema de la película es, para entendernos, Arcadi y el 15-M. ¿Y viceversa? Lamentablemente no. El movimiento de las asambleas sólo aparece en función de que vaya Arcadi o no. Esto sesga el análisis. Por ejemplo, a veces se olvida de que antes del 14-M hubo la «primavera árabe» y su ocupación de las plazas. En la película no hay ninguna referencia a ello.

————— **Uno tiene la sensación, desde el principio, de estar viendo algo hecho por el movimiento indignado.**



El que la historia del movimiento no aparezca reflejada en ella no quiere decir, sin embargo, que *Nunca es tan oscuro* sea ajena a ella. Uno tiene la sensación, desde el principio, de estar viendo algo hecho por el movimiento indignado. Por ejemplo, la secuencia en que el Partido Popular gana las elecciones generales de 2011, desbancando al PSOE. Oímos la voz de Mariano Rajoy eufórico, fuera de campo. Aunque lo que vemos son los carteles nocturnos de Repsol o El Corte Inglés, etcétera. Es el más sencillo elemento de montaje sonoro: una voz y su imagen, pero que, en la disonancia, lo adjectiva como algo distinto. Eisenstein o Godard no tendrían nada que objetar.

Antes de la mitad, más o menos, de la película aparece algo que había sido mencionado anteriormente: un hijo de Arcadi se está muriendo. La muerte sólo abarca tres secuencias: el hijo va a la manifestación del 19 de junio con una silla de ruedas; vemos otro de los hijos que toca el piano, y la cámara muestra



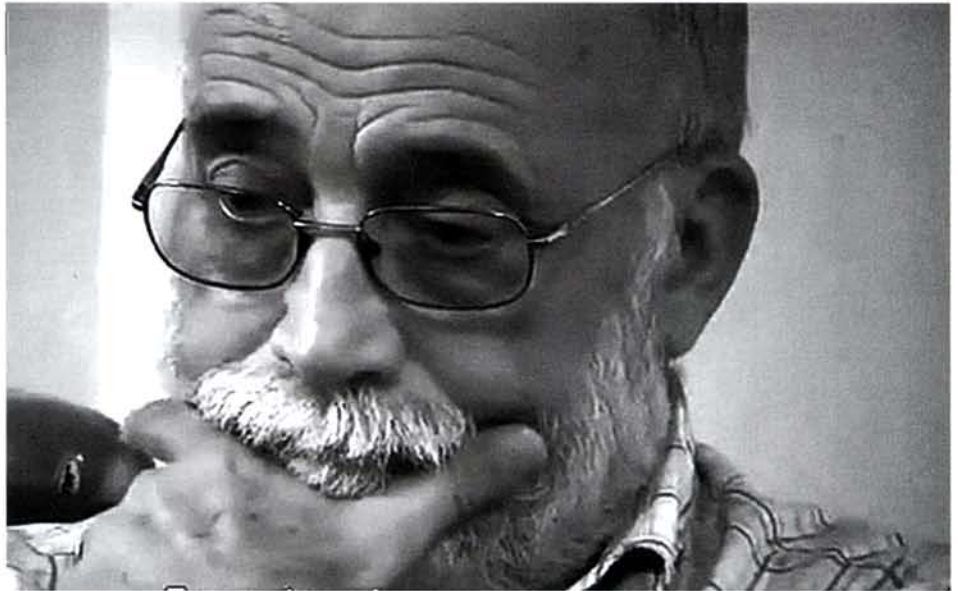
Marcel Oliveres, en silla de ruedas, en la manifestación del 19 de junio.

un retrato del hijo con una vela delante, en señal de duelo; y después Arcadi va por la calle bajo la lluvia que cae arremediando, mientras él llora. Nada más. Hay veces, cuando uno se enfrenta a un dolor obsesivo, que no hay más remedio racionalmente que buscar una «válvula de escape». Esto es lo que había en el fondo de un hombre que sólo miraba la agenda para decir «sí», para no pensar en lo irremediable.

Aunque este fondo se convirtió en forma, como dice otro de sus hijos, en una secuencia familiar a modo de trabajo del duelo. La sensibilidad a flor de piel de Arcadi había de transmi-

tirse forzosamente en sus discursos y esto fue parte de lo que aportó al 15-M: su no al capitalismo transmitía también su grito íntimo y desesperado contra la muerte.

La secuencia del duelo familiar es la penúltima secuencia «significativa»: hay otra. Oímos de nuevo la voz de Arcadi que abre la película, pero vemos las caras de las gentes de la escuchan, y que piensan. Al final, sólo las caras y música. Es un recuerdo para el espectador de qué es lo que acaba de ver, entre dos repeticiones del mismo texto. Esto es lo mejor de la película: la articulación del discurso de Arcadi.



Antes de que amanezca

La película empieza con la voz de Arcadi sobre fondo negro: «Os aseguro que en este planeta no hay peor catástrofe que la muerte diaria, según la ONU, de 100.000 personas de hambre».

Y sigue: «¿Qué cantidad de dinero se ha entregado a la banca desde ese 2008? La cantidad de dinero entregado durante estos tres años y medio es de cuatro billones 600.000 millones de dólares. Si hacéis una sencilla división veréis que 4 billones 600.000 dólares repartidos entre los 50.000 millones que la ONU pedía para erradicar el hambre nos da un cociente de 92. ¿Qué quiere decir esto? Que con el dinero que se ha entregado a la banca durante estos tres años y medio se habría podido erradicar el hambre 92 veces».

Este mismo texto es el que se repetirá hacia el final (pero con imágenes). Entre ambos textos se va hilvanando el discurso rebelde e indignado que compartieron miles de personas, y que al sentirse muchos, hizo florecer la ilusión en el movimiento, que eran ellos mismos.

De los desahucios a la aberración de crear una moneda única (el euro) para países en que todo lo demás es distinto; del derecho a no pagar una deuda que es la de los bancos, hasta la subvención pública a las mayores empresas de la industria armamentista; o la brutalidad moral de admirar a los poseedores de las grandes fortunas: «Si una sociedad aplaude a señores que acumulan estas fortunas es que ha perdido totalmente sus valores».

————— **Su no al capitalismo transmitía también su grito íntimo y desesperado contra la muerte.**

También a la construcción del programa propiamente indignado: «Primero: acabar con la especulación financiera. Segundo: acabar con el fraude fiscal. Tercero: nacionalización de la banca. No de toda. ¡Ya me gustaría, ya! Pero entendiendo que, de momento, lo que hay que nacionalizar es toda aquella banca que ha recibido dinero público. El crecimiento se ha acabado. La última palabra que tenemos que decir es: decrecimiento».

Ni Arcadi ni los indignados esperan llegar al poder, pero sí influir en él. Tampoco es que Arcadi sea demasiado optimista: sería idiota pensarlo. Aunque sí tiene confianza en un viejo proverbio chino que dice que *nunca es tan oscuro como antes de que amanezca*. Antes de que salga el sol. Pasolini había escrito algo parecido, y que

seguramente Arcadi compartiría: «estamos aquí sólo para luchar, no para vencer. Cuándo venceremos, no lo sabemos» (*I dialoghi*, diciembre de 1968).

El mayor logro de Èrika Sánchez ha consistido precisamente en que los distintos aspectos que están en *Nunca es tan oscuro* se interrelacionen, se superpongan, se enriquezcan mutuamente, que creen llenos que parezcan vacíos y vacíos que parecen llenos, y cristalicen en un todo difícilmente divisible. Esto es lo que hace atractivo este documental que, al mismo tiempo, es un grito indignado lanzado a los espectadores para que sean algo más que simples espectadores: para que sean ciudadanos activos y dotados de pensamiento propio. Al fin y al cabo, éste sigue siendo el viejo sentido de hacer cine ■